

haber dado dinero que, en lugar de aliviar miserias, había servido para alimentar el crimen, cosas éstas que sabía el señor Grandville, gracias á la naturaleza de su profesión.

—¿Necesita usted dinero para algún pobre?—le preguntaba á veces el anciano Grossetete tendiéndole la mano.—Yo seré, si usted quiere, cómplice de sus obras benéficas.

—Es imposible hacer á todo el mundo rico,—repetía ella exhalando un suspiro.

Al principio de este año ocurrió un acontecimiento que tenía que cambiar por completo la vida interior de Verónica y metamorfosear la magnífica expresión de su fisonomía, haciendo de ella un retrato mil veces más interesante á los ojos de los pintores. Bastante inquieto por su salud, Graslin no quiso continuar habitando el piso bajo (cosa que desesperó á su mujer), y volvió á ocupar su habitación conyugal, en donde se hizo cuidar. Bien pronto se extendió por Limoges la noticia de que la señora Graslin estaba en cinta; y su tristeza, mezclada de alegría, preocupó á sus amigos, los cuales comprendieron que, á pesar de sus virtudes, se había considerado feliz mientras vivió separada de su marido. Sin duda había esperado ella mejor suerte desde el día en que el fiscal le hizo la corte, después de haberse negado á casarse con la heredera más rica de Limoges. Desde entonces, los profundos políticos que, en el intermedio de las partidas de whist, inspeccionaban los sentimientos y la fortuna de cada cual, llegaron á sospechar que el magistrado y la joven, fundándose en el estado enfermizo del banquero, se habían forjado esperanzas y planes que echaba por tierra este acontecimiento. Los profundos trastornos que señalaron este período de la vida de Verónica, las inquietudes que el primer parto causa á las mujeres, el cual, según se dice, ofrece peligro cuando tiene lugar después de la primera juventud, contribuyeron á que sus amigos estuviesen más atentos con ella que nunca, y á que tuviesen para ella finezas que le probaron lo muy vivas y sólidas que eran sus simpatías.

## CAPÍTULO II

## TASCHERÓN

En este mismo año se presenció en Limoges el terrible espectáculo, á la par que drama singular, del proceso Tascherón, en el cual el joven vizconde de Grandville desplegó el talento que contribuyó á que más tarde le nombrasen fiscal de la audiencia.

Un anciano, que habitaba una casa aislada del arrabal de San Esteban, fué asesinado. Una gran huerta con árboles frutales separa el arrabal de esta casa, separada también del campo por un jardín, al extremo del cual se encuentran antiguos invernáculos abandonados. La orilla del Vienne forma delante de esta habitación un pronunciado declive, que permite ver el río. El corral de esta casa termina en el ribazo, en donde, de trecho en trecho, se levantan pilastras unidas por rejas, más bien como adorno que como defensa, pues los barrotes que las forman son de madera pintada. Este anciano, llamado Pingret, célebre por su avaricia, vivía solo con una criada, aldeana que, además de servirle, le labraba la tierra. Él mismo cuidaba los espaldares, podaba los árboles, recolectaba los frutos y los enviaba á vender á la ciudad, lo mismo que otros productos agrícolas que cultivaba con gran arte. La sobrina de este anciano, que era su única heredera y que estaba casada con un propietario del pueblo llamado Vanneaulx, había rogado muchas veces á su tío que tomase un hombre para que le guardase la casa, demostrándole que no le costaría gran cosa, pues podría aprovecharle para que le trabajase algunos cuadros de la huerta que sólo contenían algún árbol; pero el anciano siempre se había negado á ello. Esta contradicción en un avaro daba materia á muchas conversaciones conjeturables en las casas adonde los Vanneaulx iban á pasar las veladas. Más de una vez las reflexiones más divergentes interrumpieron las partidas del juego. Algunos de los más sagaces sacaron la conclu-

sión de que debía tener tesoros escondidos en los cuadros que se negaba á cultivar: «Si yo estuviese en lugar de la señora de Vanneaulx,—decía un guasón,—no me preocuparía por mi tío; si lo asesinan, que lo asesinen. Después de todo, no por eso dejaría yo de heredarlo». La señora de Vanneaulx cuidaba de su tío como los empresarios del Teatro Italiano cuidan al tenor, recomendándole que se abrigue bien la garganta y dándole su propia capa cuando éste se ha olvidado la suya. Había ofrecido á Pingret un magnífico perro mastín, pero el anciano se lo había devuelto por Juana Malassis, su criada, con encargo de que le dijese que su tío no quería una boca más en casa. El accidente que ocurrió probó lo muy fundados que eran, los temores de la sobrina. Durante una noche oscura, en medio de un cuadro de alfalfa, y cuando estaba, sin duda, añadiendo algunos luises de oro á un puchero de barro, Pingret fué asesinado. La criada despertó al ruido de la lucha y tuvo valor para ir en auxilio del viejo avaro; pero el asesino se vió obligado por esta circunstancia á matarla para librarse de su testimonio. Este cálculo, que determina casi siempre á los asesinos á aumentar el número de sus víctimas, es una desgracia engendrada por la pena capital que tienen en perspectiva. Este doble asesinato fué acompañado de extrañas circunstancias que tenían que dar grandes salidas lo mismo á la acusación que á la defensa. Cuando los vecinos vieron que pasaba una mañana entera sin que apareciesen por ninguna parte ni el señor Pingret ni su criada; cuando yendo y viniendo examinaron su casa á través de las rejillas de madera y vieron, contra toda costumbre, que las puertas y las ventanas estaban cerradas, hicieron circular un terrible rumor que llegó desde el arrabal de San Esteban hasta la calle de Cloches, en donde vivía la señora de Vanneaulx. La sobrina, cuyo corazón presentía hacia ya tiempo una catástrofe, dió parte á la justicia, y ésta derribó las puertas de la casa. Bien pronto vieron en los cuatro cuadros cuatro agujeros vacíos, en cuyos alrededores se veían aquí y allá los restos de unas ollas que debieron estar llenas de oro la víspera. En dos de estos agujeros mal tapados habían sido enterrados los cuerpos

vestidos de Pingret y de Juana Malassis. La pobre muchacha había acudido descalza y en camisa. Mientras que el procurador del rey, el comisario de policía y el juez recogían los objetos que pudieran ser cuerpo de delito, la infortunada Vanneaulx recogía los restos de las ollas y calculaba por su cabida la cantidad robada. Los magistrados reconocieron la exactitud de los cálculos, estimando los tesoros robados en mil monedas por olla. Pero ¿estas monedas eran de cuarenta y ocho, de cuarenta, de veinticuatro ó de veinte francos? Todos los que esperaban herencias en Limoges participaron del dolor de la familia Vanneaulx. Las imaginaciones limosinas quedaron vivamente estimuladas ante el espectáculo de aquellas ollas rotas que habían estado llenas de oro. Respecto al padre Pingret, que iba muchas veces al mercado á vender en persona sus legumbres, que no comía más que pan y cebollas, que no gastaba trescientos francos al año, que ni estaba ni le estaban agradecido y que no había hecho un escrúpulo de bien en todo el arrabal de San Esteban, no excitó el más mínimo pesar. Respecto á Juana Malassis, su heroísmo, que el anciano avaro hubiera apenas recompensado, fué juzgado como intempestivo, y fué menor el número de los que la admiraron que el de los que dijeron:

—¡Yo, en su lugar, hubiese continuado durmiendo muy tranquilamente!

La justicia no encontró tinta ni pluma para empezar el proceso en aquella casa desnuda, destrozada, fría y siniestra. Los curiosos y el heredero pudieron observar entonces los contrasentidos que se observan en casa de ciertos avaros. El espanto que al anciano causaban los gastos se echaba de ver en el tejado que, por falta de reparación, daba paso á la luz, á la lluvia y á la nieve; en las grietas que surcaban los muros, en las carcomidas puertas próximas á caer al primer choque y en los papeles que sustituían á los cristales rotos. En toda la casa se veían las ventanas sin cortinas, y chimeneas cuyo hogar estaba provisto únicamente de algunos tizones; además, sillas cojas, dos camas desprovistas casi de ropa y de mullido, pucheros cascados, platos recompuestos y sofás mancos; en su cama, unas cortinas que el tiempo había bordado con sus atrevidas manos, una

mesa despacho comida por los gusanos y en cuyos cajones ponía á secar las semillas, y alguna ropa mugrienta y remendada; finalmente, un montón de andrajos que vivían sostenidos por el espíritu de su amo, los cuales, muerto él y tan pronto como las brutales manos del heredero furioso ó de los agentes de la autoridad los tocaron, quedaron reducidos á jirones, á polvo, á disolución química, á ruina, y á un no sé qué nombre darle. Estas cosas desaparecieron, asustadas ante la idea de una venta pública. La mayor parte del vecindario de la capital limosina se interesó vivamente por aquellos pobres Vanneaulx que tenían dos hijos; pero cuando la justicia creyó haber encontrado al presunto autor del crimen, este personaje absorbió toda la atención pública, se convirtió en un héroe, y los Vanneaulx quedaron en la sombra del cuadro.

A fines del mes de marzo, la señora Graslin había experimentado ya algunas de esas indisposiciones que causa el primer embarazo y que no pueden ocultarse. La justicia hacía pesquisas en esta época para descubrir al autor del crimen del arrabal de San Esteban, sin que hasta la fecha se hubiese descubierto nada. Verónica recibía á sus amigos en su dormitorio, y allí se hacían las partidas de juego. Algunos días después, la señora Graslin se negó á salir, cosa que fué achacada á alguno de esos singulares caprichos que se atribuyen al embarazo; su madre iba á verla casi todos los días, y las dos mujeres permanecían juntas durante horas enteras. Eran las nueve, las mesas de juego permanecían vacías, y todo el mundo hablaba del asesinato y de la familia Vanneaulx. En esto entró el fiscal, diciendo con aire gozoso:

—Ya tenemos al asesino de Pingret.

—¿Quién es?—preguntaron todos á una voz.

—Un obrero que trabajaba en porcelana, cuya conducta es excelente y que estaba llamado á hacer fortuna. Un hombre que trabajaba en la antigua fábrica de vuestro marido,—dijo dirigiéndose á la señora Graslin.

—¿Cuál?—preguntó Verónica con voz débil.

—Juan Francisco Tascherón.

—¡Desgraciado!—respondió ella.—Sí, le he visto va-

rias veces, mi pobre padre me lo había recomendado como un excelente sujeto.

—Antes de la muerte de Sauviat no trabajaba ya en nuestra casa, pues se había trasladado á la fábrica de los señores Filipard, los cuales le habían hecho ventajosas proposiciones,—respondió la anciana Sauviat.—Pero mi hija no está buena para oír esta conversación,—dijo mirando á la señora Graslin, que se había puesto tan pálida como sus sábanas.

Desde aquella noche, la anciana Sauviat, á pesar de sus setenta años, abandonó su casa y fué á constituirse en enfermera de su hija, no abandonó su dormitorio ni un momento, y los amigos de la señora Graslin la vieron siempre heroicamente instalada á la cabecera del lecho, en donde se entregaba á su eterno trabajo de hacer calceta, acariciando con la mirada á Verónica como la acariciaba cuando pasó la viruela, respondiendo por ella y no permitiendo siempre que entraran las visitas. El amor maternal y filial de la madre y de la hija era tan conocido en Limoges, que la actitud de la madre no asombró á nadie.

Algunos días después, cuando el fiscal quiso contar los detalles del proceso Tascherón, creyendo distraer á la enferma, la anciana Sauviat le interrumpió rogándole que no hablase á su hija de aquello que era objeto continuo de sus pesadillas. Verónica rogó al señor de Grandville que acabase de hacer su relato, durante el cual le miraba fijamente. De este modo los amigos de la señora Graslin fueron los primeros en saber, por el fiscal, el resultado de la instrucción que muy pronto había de ser pública. He aquí, aunque sucintamente, los elementos de acusación con que contaba el juez instructor.

Juan Francisco Tascherón era hijo de un cortijero cargado de familia y que habitaba en la aldea de Montagnac.

Veinte años antes de este crimen, que llegó á ser célebre en toda la comarca, el conde de Montagnac llamaba la atención por sus perversas costumbres. La audiencia de Limoges decía proverbialmente que el cincuenta por ciento de los condenados pertenecía al conde de Montagnac. Desde 1816, dos años después del

nombramiento del cura Bonnet, Montegnac perdió su triste reputación y sus habitantes cesaron de enviar su contingente á la audiencia. Este cambio fué atribuido, generalmente, á la influencia que el señor Bonnet ejercía en aquella parroquia, que era, antes de llegar él, la cueva en donde se albergaban los malos sujetos que deshonraban la comarca. El crimen de Juan Francisco Tascherón devolvió de pronto á Montegnac su antigua reputación. Por insigne efecto de la casualidad, la familia Tascherón fué la única del país que conservó siempre esas viejas costumbres ejemplares y esos hábitos religiosos que los observadores ven hoy desaparecer paulatinamente de los campos; esta familia había ayudado mucho al cura Bonnet en su obra, y, como era natural, el sacerdote no lo olvidó nunca. La familia Tascherón, notable por su probidad, por su unión y por su amor al trabajo, había dado siempre buenos consejos á Juan Francisco. Llevado á Limoges por la laudable ambición de procurarse honradamente una fortuna con la industria, este muchacho había abandonado la aldea con gran pesar de sus padres y de sus amigos, que le querían mucho. Durante los dos primeros años de aprendizaje, su conducta fué digna de elogios, y ningún cambio sensible anunció el crimen horrible con que acababa su vida. El tiempo que los demás obreros dedicaban á la diversión y á la taberna, Juan Francisco Tascherón lo pasaba en estudiar y en instruirse. Las pesquisas más minuciosas de la justicia de provincias, que cuenta con muchos medios, no aportaron ninguna luz á los secretos de aquella existencia. Cuidadosamente interrogada la patrona de la pobre casa de huéspedes en que vivía Juan Francisco, dijo que no había tenido nunca ningún joven cuyas costumbres fuesen tan irreprochables. El criminal tenía un carácter dulce y amable, casi alegre. Un año próximamente antes de cometer este crimen, su humor pareció cambiado, y durmió varias noches fuera de casa, aunque ella ignoraba en dónde. Por el estado de los zapatos pensó varias veces que su huésped debía venir del campo. Aunque saliese de la ciudad, en lugar de ponerse zapatos herrados, se servía de escaarpines. Antes de salir se afeitaba, se perfumaba y se mudaba la ropa interior. En la instrucción del proceso se hicieron

pesquisas hasta en las casas sospechosas, siendo interrogadas las mujeres de mala vida; pero Juan Francisco era en todas desconocido. El juez fué á buscar informes suyos entre la clase de obreras y de modistas; pero ninguna de las muchachas cuya vida era ligera habla tenido relaciones con el inculpado. Un crimen sin motivo es inconcebible, sobre todo en un joven cuya afición á instruirse y cuya ambición hacían suponer ideas y sentido superiores á los de los demás obreros. La audiencia y el juez de instrucción atribuyeron el asesinato cometido por Tascherón á la pasión del juego; pero después de minuciosas indagaciones quedó demostrado que el reo no había jugado nunca. Juan Francisco se encerró en un principio en un sistema de negativa que, en presencia del jurado, debía quedar destruído por las pruebas, pero que denotó la intervención de una persona llena de conocimientos jurídicos ó dotada de una inteligencia superior. Como en muchos asesinatos, en este las principales pruebas eran graves y leves á la vez: la ausencia de Tascherón durante la noche del crimen, sin que pudiese decir en dónde estuvo ni se dignase siquiera declarar sobre este punto; un fragmento de su blusa desgarrada durante la lucha que sostuvo con la criada, llevado por el viento, fué encontrado en un árbol; su presencia en torno de la casa, que fué observada por algunos transeuntes y por gente del arrabal, los cuales, á no haber ocurrido el crimen, no lo hubiesen recordado; una llave falsa, fabricada por él mismo, para entrar por la puerta que daba al campo, llave que había sido hábilmente enterrada en uno de los agujeros á dos pies de profundidad, pero que fué encontrada por casualidad por el señor Vanneaulx, cuando inspeccionaba los agujeros para saber si tenían más de un compartimiento. El juez de instrucción acabó por encontrar al que le había vendido el hierro, al que le prestó el torno y al que le dió la lima. Esta llave fué el primer indicio que motivó la captura de Tascherón, la cual tuvo lugar en un bosque de los límites de la provincia, en donde esperaba el paso de una diligencia. Una hora más tarde hubiese salido para América. Finalmente, á pesar del cuidado con que fueron borradas las marcas de los pasos en las tierras labradas y en el

barro del camino, el guardabosque había encontrado huellas de esarpines perfectamente incrustadas y conservadas. De las indagaciones llevadas á cabo en la habitación de Tascherón resultó que las suelas de sus esarpines se adaptaban y correspondían perfectamente á dichas huellas. Esta fatal coincidencia confirmó las observaciones de la curiosa patrona. El juez atribuyó el crimen á una influencia extraña, más bien que á una resolución personal. Creyó en la existencia de un cómplice, existencia que demostraba por otra parte la imposibilidad de que nadie llevase por sí solo las sumas robadas. Por muy fuerte que sea un hombre, no puede llevar muy lejos veinticinco mil francos en oro. Si cada olla contenía esta suma, las cuatro habían necesitado cuatro viajes. Ahora bien, una circunstancia singular determinaba la hora en que el crimen había sido cometido. Juana Malassis, llena de espanto al oír los gritos de su amo, había derribado, al levantarse, la mesa de noche que sustentaba su reloj. Este reloj, único regalo que le había hecho el avaro en cinco años, quedó parado con la violencia del choque, y marcaba las dos de la mañana (1).

A cualquier distancia que las sumas hubiesen sido transportadas, Tascherón no habría podido operar el traslado por sí solo. El cuidado con que Tascherón había borrado las marcas de los pasos del que le había ayudado, olvidando las de los suyos, revelaba la existencia misteriosa de algún cómplice. La justicia atribuyó el crimen á un frenesí de amor, y no habiendo encontrado el objeto de esta pasión en la clase baja, dirigió sus ojos hacia más arriba. Es muy probable que alguna mujer de la clase media, segura de la discreción del joven, hubiese tomado parte en aquel robo, que tuvo un terrible desenlace. Esta presunción estaba casi justificada por las circunstancias en que se había verificado el asesinato. El anciano había sido matado con un azadón, cosa que hacía suponer que su asesinato era el resultado de una fatalidad repentina, imprevista, fortuita. Los dos amantes se habían puesto sin duda de

(1) A mediados de marzo, época del crimen, empieza á amanecer entre cinco y seis de la mañana.

acuerdo para robar, pero no para asesinar. En medio de las espesas tinieblas de la noche, el enamorado Tascherón y el avaro Pingret, animados de pasiones implacables, se habían encontrado en el mismo terreno, atraídos ambos por el oro. Con objeto de esclarecer el crimen, la justicia llevó á cabo la prisión é incomunicación de una hermana de Juan Francisco, que le era muy querida, esperando obtener de ella la explicación de los misterios de la vida privada de su hermano. Dionisia Tascherón se encerró en una absoluta negativa, lo cual hizo sospechar que conocía los móviles del crimen, aunque no hubiese tenido participación alguna en él. Esta detención iba á perjudicarla mucho en su vida. El reo mostraba un carácter poco frecuente entre las gentes del pueblo y supo librarse de todos los lazos que le tendieron agentes secretos de la justicia, á pesar de no conocer su carácter de tales. Para la gente inteligente de la magistratura, Juan Francisco Tascherón era un criminal por pasión y no por necesidad, como lo son la mayor parte de los asesinos ordinarios que se encuentran en las cárceles y presidios. La infinidad de indagaciones que se hicieron para saber la verdad no dieron, pues, resultado alguno, y el criminal dejó sin elemento esta parte del proceso. Una vez admitida por todo el mundo la hipótesis de una pasión por alguna señora de la clase media, se hicieron multitud de interrogatorios sobre este punto á Juan Francisco; pero su discreción triunfó de todas las torturas morales que la habilidad del juez de instrucción le imponía. Cuando, echando mano del último recurso, el magistrado le dijo á Tascherón que la persona por quien había cometido su crimen era ya conocida y estaba presa, el rostro del reo no cambió, y se contentó con responder irónicamente: «Tendría una satisfacción en verla». Al tener conocimiento de todos estos detalles, la mayor parte de la gente participó de las sospechas del magistrado, sospechas confirmadas en apariencia por el salvaje silencio que guardaba el acusado. Este misterioso joven pasó á ser objeto de interés general. Todo el mundo comprenderá fácilmente lo muy excitada que estaría con estos detalles la curiosidad pública, y la avidez con que sería esperado el juicio oral. A pesar de las continuas

indagaciones de la policía, el proceso se había detenido en el umbral de la hipótesis sin atreverse á penetrar el misterio. En algunos casos judiciales, las medias seguridades no bastan á los magistrados. Se esperaba, pues, ver surgir la verdad el día del juicio oral, que es el momento en que casi todos los criminales acostumbra á contradecirse.

El señor Grasin fué uno de los designados para formar parte del jurado, de manera que, ya por su marido ó ya por el señor de Grandville, Verónica tenía que saber los menores detalles del proceso criminal que, durante quince días, emocionó á Limoges y á Francia entera. La actitud del acusado justificó la hipótesis que tenía ya formada el pueblo, inspirada por la justicia; más de una vez sus ojos fijaron su atención en el conjunto de mujeres privilegiadas que fueron á saborear las emociones de aquel drama real. Siempre que aquel hombre dirigió sus miradas claras, pero impenetrables, al público, produjo en éste violentos estremecimientos, pues todas las mujeres temían aparecer como cómplices ante los inquisitoriales ojos de los magistrados. Los inútiles esfuerzos llevados á cabo en el proceso recibieron entonces publicidad y revelaron las precauciones tomadas por el acusado para asegurar el éxito de su crimen. Algunos meses antes de aquella fatal noche, Juan Francisco se había provisto de un pasaporte para la América del Norte. Esto hacía suponer que hacía ya tiempo que tenía formado el proyecto de abandonar Francia, y que la mujer debía de ser casada, pues, si fuese soltera, no hubiese necesitado huir. Es muy fácil que el crimen hubiese tenido por objeto el mantener las comodidades de la desconocida. La justicia no había encontrado en los registros de la administración ningún pasaporte para aquel país á nombre de ninguna mujer. Por si la cómplice se hubiese procurado el pasaporte en París, habían sido consultados los registros de esta capital y los de las prefecturas de los alrededores, pero todo fué en vano. Los detalles más insignificantes demostraban las profundas reflexiones de una inteligencia privilegiada. Si las más virtuosas damas limosinas atribuían el inexplicable uso de escaarpines para andar por la calle, en medio del barro y de las piedras, á la nece-

sidad de espiar al anciano Pingret, los hombres menos fatuos se lo explicaban por lo muy útiles que resultan los escaarpines para andar por una casa, atravesar los corredores y subir á las ventanas sin hacer ruido. De modo que Juan Francisco y su querida (joven, hermosa, romántica, cada uno se hacía á su modo un soberbio retrato de ella) habían pensado, sin duda alguna, añadir al nombre del pasaporte las palabras falsificadas: *y su esposa*. Por la noche, en todos los salones, las partidas del juego quedaban interrumpidas por los comentarios de los maliciosos que, refiriéndose al mes de marzo de 1829, recordaban á las mujeres que habían hecho viajes á París y á las que, pública ó secretamente, hubiesen podido hacer los preparativos de una huida. Limoges gozó entonces de su proceso Fualdes (1), adornado de una señora Mansón, desconocida. Jamás en pueblo alguno de provincias se vió la efervescencia é interés que despertó este proceso en Limoges, efervescencia y curiosidad que se hacían palpables, sobre todo por las noches, despues de terminadas las sesiones del juicio oral. La gente llegó hasta soñar con este proceso en que todo agrandaba al acusado, cuyas respuestas, sablamente retocadas, explanadas y comentadas, eran motivo de amplias discusiones. Al preguntar uno de los jurados á Tacherón para qué se había provisto de un pasaporte para América, el obrero le respondió que lo había hecho con intención de establecer allí una fábrica de porcelana. De este modo, sin comprometer su sistema de defensa, cubría á su cómplice, permitiendo que se atribuyese su crimen á la necesidad de procurarse fondos con objeto de llevar á cabo su ambicioso proyecto. Uno de los días en que la sesión había sido más interesante, los amigos de Verónica no pudieron prescindir, durante una velada en que aquélla parecía más aliviada, de hablar de este tema, comentando la discreción del criminal. La víspera de este día le había ordenado el médico que diese un paseo. En su consecuencia, aquella misma mañana se cogió del brazo de su madre para ir, dando un pequeño rodeo, hasta la casita de campo de la autora de sus días, en donde se sentó á

(1) Antiguo magistrado, asesinado en Toder el año 1817.—(N. del T.)

descansar. De vuelta ya á su casa, intentó permanecer levantada y esperar la llegada de su marido. Graslín no salió de la audiencia hasta las ocho. Según su costumbre, Verónica sirvió la comida á su esposo, y tuvo que oír por necesidad la discusión que éste entabló con sus amigos.

—Si mi pobre padre viviese aún,—les dijo ella,—hubiésemos sabido algo más sobre el reo, ó acaso ese hombre no hubiese llegado á ser criminal. Veo que os preocupa sobremanera una idea que á mí no me parece natural. Opináis que el amor ha sido el móvil del crimen, y en ese punto estamos de acuerdo; pero, ¿por qué creéis que la desconocida ha de ser casada? ¿no puede haberse enamorado de una joven cuyos padres se opusiesen al enlace?

—Una soltera hubiese llegado tarde ó temprano á ser su legítima esposa,—respondió el señor de Grandville.—Tascherón no es hombre que se impacienta, y se hubiese dedicado á procurarse honradamente una fortuna, esperando la edad en que toda joven puede casarse contra la voluntad de sus padres.

—Ignoraba que el matrimonio pudiese tener lugar sin el consentimiento de los padres,—dijo la señora Graslín;—pero en un pueblo en donde todo se sabe, en donde todo el mundo ve lo que pasa en casa de su vecino, ¿cómo no se ha llegado á tener sospechas de nadie? Para amar, creo yo que es preciso, por lo menos, verse ó ser visto. ¿Qué piensan de esto ustedes, los magistrados?—preguntó escudriñando con una mirada los ojos del fiscal.

—Todos creemos que la mujer pertenece á la clase elevada ó al comercio.

—Yo opino todo lo contrario,—dijo la señora Graslín.—Una mujer de ese género no tiene sentimientos tan elevados.

Esta respuesta concentró las miradas de todos en Verónica, y todos oyeron la explicación de estas paradójicas palabras.

—Durante mis horas de insomnio por la noche, y de soledad por el día, no he podido menos de pensar en este asunto misterioso, y me parece haber adivinado los móviles de Tascherón. Las razones en que me fundo

para creer que es una soltera, son las siguientes: una mujer casada, si no tiene sentimientos, tiene intereses que ocupan su corazón y que le impiden llegar á la exaltación completa que inspira una pasión tan grande. Los sentimientos maternos son un dique para el deseo, y una gran pasión amorosa sólo es propia de una mujer sin hijos. Es evidente para mí que este hombre ha sido amado por una mujer que quería ser su sostén. La desconocida habrá sido llevada en su pasión por el genio á que son debidas las bellas obras de los artistas y de los poetas, y que existe en la mujer, aunque bajo otra forma, pues la hembra esta destinada á crear hombres y no cosas. Nuestras obras son nuestros hijos. Nuestros hijos son nuestros cuadros, nuestros libros, nuestras estatuas. ¿No somos nosotras verdaderas artistas en su primera educación? Fundada en esto, apostaría la cabeza á que si la desconocida es casada, por lo menos no tiene hijos. Los magistrados carecen de la astucia que poseen los mujeres para adivinar mil matices que se les escapan sin cesar en muchas ocasiones. Si yo hubiese sido secretario suyo,—dijo dirigiéndose al fiscal,—hubiésemos encontrado á la culpable, en el supuesto de que la desconocida fuese culpable. Admito, como el señor abate Duthel, que los dos amantes, careciendo en absoluto de dinero para vivir en América, hayan concebido la idea de escaparse con los tesoros del pobre Pingret. El robo ha engendrado el asesinato, á causa de la fatal lógica que la pena de muerte inspira á los grandes criminales. Esto supuesto,—dijo dirigiendo al fiscal una mirada suplicante,—creo que sería usted justo si hiciese retirar la agravante de premeditación, con lo cual salvaría la vida á ese desgraciado. A pesar de su crimen, ese hombre es grande, y es muy probable que había de reparar sus faltas con un magnífico arrepentimiento. Las obras del arrepentimiento deben entrar para algo en los pensamientos de los encargados de administrar justicia. ¿No tenemos hoy mejores medios para hacer expiar los delitos que la pena capital, ó la fundación, como en otro tiempo, de la catedral de Milán?

—Señora, tiene usted ideas sublimes,—dijo el fiscal;—pero aunque se hiciese caso omiso de la premedita-

ción, Tascherón no dejaría de ser condenado á muerte á causa de las probadas circunstancias graves que acompañan al robo, como son la de nocturnidad, escalamiento, etc.

—¿Cree usted, pues, que será condenado?—dijo Verónica cerrando á medias los ojos.

—Estoy seguro de ello.

Un ligero estremecimiento corrió por el cuerpo de la señora Graslin, que dijo:

—Tengo frío.

Y dicho esto, tomó el brazo de su madre y se fué á acostar.

—Parece que hoy está mejor que nunca,—dijeron sus amigos.

Al día siguiente Verónica estaba á la muerte. Cuando su médico manifestó su asombro al verla tan próxima á expirar, ella le dijo sonriendo:

—¿No le había advertido yo que el paseo no me serviría de nada?

Desde que las sesiones del juicio oral empezaron, Tascherón no se mostró ni altanero ni hipócrita. Para distraer á la enferma, el médico le dió cuenta de esta actitud del reo, actitud que también explotaba su abogado defensor. Decía el médico que el talento del abogado deslumbraba al acusado y le hacía concebir esperanzas de escapar á la muerte. Había momentos en que el rostro del reo tenía una expresión que parecía depender de una dicha mayor que la de vivir. Los antecedentes de este hombre, que contaba á la sazón veintitrés años, contradecían de tal modo el crimen que se le imputaba, que sus defensores esperaban sacar gran partido de ellos. Finalmente, las abrumadoras pruebas aportadas por el fiscal aparecían de tal modo aminoradas por la defensa, que la cabeza del reo fué disputada, llevando el abogado grandes probabilidades de éxito en la disputa. Para salvar la vida á su cliente, el abogado rechazó enérgicamente la premeditación; admitió hipotéticamente la premeditación del robo, pero no la de los asesinatos, que fueron resultado de dos luchas inesperadas. El éxito se presentó dudoso lo mismo para el fiscal que para el abogado.

Después de la visita del médico, Verónica recibió la

del fiscal, que iba á verla todas las mañanas antes de ir á la audiencia.

—He leído los discursos de ayer,—le dijo,—supongo que empezará hoy la discusión, y crea usted que me ha interesado tanto el acusado, que desearía que se salvase; ¿no podría usted, por una vez en la vida, abandonar un triunfo? Déjese vencer por el abogado. Vamos, hágame el regalo de esa vida, y acaso algún día reciba usted la mía en pago... Después del discurso pronunciado por el abogado defensor, la gente empieza á dudar, vamos...

—Su voz tiembla,—dijo el vizconde casi sorprendido.

—Le diré por qué,—respondió ella.—Mi marido acaba de darse cuenta de una horrible coincidencia que, dada mi sensibilidad, podría causarme la muerte: daré á luz el mismo día en que usted dé la orden de hacer caer esa cabeza.

—Yo no puedo reformar el Código,—dijo el fiscal.

—Vamos... ¡ya veo que no sabe amar!—respondió ella cerrando los ojos.

Después dejó caer su cabeza sobre la almohada y despidió al fiscal con ademán imperativo.

Aunque inútilmente, el señor Graslin hizo cuanto pudo para salvar la vida del reo, aduciendo una razón que fué aceptada por dos amigos suyos que formaban también parte del jurado. Esta razón, que le fué sugerida por su mujer, se basaba en lo siguiente: «Si este hombre conserva la vida, la familia Vanneaux recobrará las cantidades robadas á Pingret». Este irresistible argumento motivó entre el jurado una disensión de siete contra cinco, dando origen á la intervención de los magistrados, que unieron su voto al de la minoría de los jurados. Según la jurisprudencia del tiempo, aquel resultado motivó la condena. Cuando se pronunció la sentencia, Tascherón cayó en un furor muy natural en un hombre lleno de fuerza y de vida, pero que los magistrados, los abogados, el jurado y el auditorio no han observado casi nunca en los reos injustamente condenados. Para la gente, el drama no quedaba terminado con esta sentencia. Como ocurre casi siempre en esta clase de asuntos, esta encarnizada lucha originó dos opiniones diametralmente opuestas acerca de la culpa-



bilidad del héroe, en quien los unos vieron un inocente oprimido, y los otros un criminal justamente condenado. Los liberales se mostraron partidarios de la inocencia de Tascherón, más bien que por convicción, por afán de contrariar al poder. «¿Cómo condenar á un hombre fundándose únicamente en la semejanza de su pie con la marca de otro pie y en la no explicación de una noche de ausencia, cuando cualquier hombre preferiría morir cien veces antes que comprometer á una mujer? Aunque haya pedido herramientas prestadas y haya comprado hierro, lo cierto es que no se ha probado que haya sido el autor de la llave. ¿Puede dársele algún valor á un pedazo de tela azul enganchada acaso en un árbol por el viejo Pingret á fin de espantar á los pájaros, por el mero hecho de que dicho pedazo de tela se adapta á un girón de nuestra blusa? ¿Depende de tan poco la vida de un hombre? Después de todo, Juan Francisco ha negado siempre, y el fiscal no ha podido presentar ningún testigo del crimen.» Esto era, poco más ó menos, lo que decían los partidarios de Tascherón, corroborando, explanando y ampliando además el sistema y los argumentos del defensor.—¿Qué era, después de todo, el viejo Pingret? ¡Una caja de valores que reventó á fuerza de meter dinero!—decían los más ocurrentes. Algunos pretendidos progresistas, dando muestras de desconocer las santas leyes de la propiedad, que los sansimonianos (1) atacaban ya en el orden abstracto de las ideas económicas, fueron más lejos: «El padre Pingret fué el primer autor del crimen. Este hombre, amontonando oro, robaba á su país. ¡Cuántas empresas no se hubieran podido llevar á cabo con sus inútiles capitales! Había perjudicado á la industria, y recibió justo castigo.» ¿La criada? Todo el mundo la compadecía. Dionisia, que, después de haber burlado los lazos que le tendió la justicia, no dió una respuesta sin haber pensado antes mucho lo que tenía que decir, excitó un gran interés. Pasó á ser una figura comparable, en otro sentido, á la de Jeannie Deans, cuya gracia, modestia, religión y belleza poseía. Fran-

(1) La secta de los sansimonianos tenía su nombre del conde de San Simón, que nació en 1760 y murió en 1825. (Nota del traductor.)

cisco Tascherón continuó, pues, siendo objeto de la curiosidad pública, no sólo en la ciudad sino también en todo el departamento, y hasta llegó á ser admirado por algunas mujeres noveleras. «Si existe en esto algún amor oculto por una mujer de clase superior á la suya, es indudable que este hombre no es ningún hombre ordinario; ya veréis como sabe morir como un valiente»,—decían dichas mujeres. La cuestión de si hablaría ó no hablaría originó muchas apuestas. Después del acceso de rabia motivado por su condena, acceso que, á no haber sido por la presencia de los gendarmes, hubiese podido ser fatal para algún magistrado ú oyente, el criminal amenazó indistintamente á todos los que se le aproximaban con la rabia propia de una bestia feroz. El carcelero se vió obligado á ponerle la camisa de fuerza, tanto para impedir que atentase á su vida como para evitar los efectos de su furia. Una vez sofocada de este modo toda clase de violencia, Tascherón desahogó su desesperación con movimientos convulsivos que asustaban á sus guardianes, con palabras y con miradas que en la Edad media hubiesen sido atribuidas al hecho de estar poseído por el demonio. Era tan joven, que las mujeres se apiadaban de aquella vida llena de amor que iba á ser cortada. *El último día de un condenado*, sombría elegía, inútil argumento contra la pena de muerte, este gran sostén de las sociedades, y que había aparecido hacía poco, como si hubiese sido escrito á propósito para aquel caso, estuvo á la orden del día en todas las conversaciones. En una palabra, ¿quién no se imaginaba ver á la invisible desconocida, de pie en los escaños de la audiencia, como si estuviese sobre un pedestal, desgarrada por horribles dolores y condenada á permanecer en perfecta calma dentro de su hogar? Casi todo el mundo llegó á admirar á aquella Medea limosina, de blanco pecho forrado de corazón de acero y dotada de frente impenetrable. Acaso se encontraba en casa de éste ó de aquél, ó en casa de la hermana, de la prima, de la mujer ó de la hija de tal ó cual. ¡Qué espanto en el seno de las familias! Como decía con sublime palabra Napoleón, nunca se comprende mejor que la potencia de lo desconocido es inconmensurable que cuando éste es presa de la imaginación.

El silencio constante del criminal respecto á los cien mil francos robados á los señores Vanneaulx, y que no pudieron ser hallados á pesar de las indagaciones de la policía, fué un gran fracaso para la audiencia. El señor de Grandville intentó el medio vulgar de hacer creer al reo en la conmutación de la pena si confesaba; pero cuando compareció ante el condenado, éste le acogió redoblando sus furiosos gritos, sus contorsiones epilépticas, y lanzándole miradas llenas de rabia, que reflejaban su pesar de no poder darle la muerte. La justicia no contaba ya con más recursos que con los de la asistencia de la Iglesia en los últimos momentos. Los Vanneaulx habían ido varias veces á visitar al abate Pascal, capellán de la cárcel. Este sacerdote no carecía del talento necesario para hacerse escuchar de los presos; afrontó, pues, religiosamente las iras de Tascherón é intentó deslizar algunas palabras en medio de las tempestades de aquella poderosa naturaleza en convulsión. Pero la lucha de esta paternidad espiritual con el huracán de aquellas pasiones desencadenadas abatió y fatigó al pobre abate Pascal. «Este hombre ha encontrado su cielo aquí abajo, y por eso siente abandonarlo»,—decía este anciano con dulce voz. La diminuta señora Vanneaulx consultó á sus amigos respecto á si debía ó no aventurarse á hablar al criminal. El señor Vanneaulx habló de transacción. En su desesperación, fué á proponer al señor de Grandville que pediría el indulto del asesino de su tío, si este asesino le restituía los cien mil francos. El fiscal le respondió que la majestad real no descendía nunca á semejantes arreglos. Los Vanneaulx se volvieron entonces hacia el abogado de Tascherón, ofreciéndole el diez por ciento de la suma si él lograba que la rescatasen. El abogado era el único hombre ante el cual Tascherón permanecía tranquilo. Los herederos le autorizaron para que ofreciese otro diez por ciento al criminal, con la advertencia de que si aceptaba, su importe le sería entregado á su familia. A pesar de los medios que emplearon para recobrar su herencia, y á pesar de la elocuencia del abogado, éste no pudo obtener nada de su cliente. Los Vanneaulx, furiosos, maldijeron y anatematizaron al condenado.

—¡No sólo es asesino, sino que, además, ni siquiera

tiene conciencia!—exclamó seriamente Vanneaulx al ver el fracaso del abate Pascal y el resultado negativo de los trabajos llevados á cabo por el abogado.—Pero ¿para qué querrá nuestra fortuna si va á morir? Un asesinato se concibe, pero un robo inútil es inconcebible. Semejante bandido no merece que la sociedad se tome interés alguno por él.

—No tiene idea alguna de lo que es el honor,—decía la señora Vanneaulx.

—Sin embargo, ¿y si la restitución compromete á su adorada?—decía una solterona.

—¡Le guardaríamos el secreto!—exclamó el señor Vanneaulx.

—Entonces se haría usted culpable como encubridor,—respondió un abogado.

—¡Qué granujas!—terminó diciendo el señor Vanneaulx.

Una de las señoras que frecuentaban la sociedad de la señora Graslin contaba riéndose á ésta las discusiones de los Vanneaulx. Dicha señora, mujer muy ocu- rrente, una de esas que sueñan con el hermoso ideal y que quieren que todo sea completo, lamentaba el furor del condenado; ella hubiese querido verle frío, tranquilo y digno.

—¿No ve usted que de ese modo resiste á todas las seducciones y burla todas las tentativas? Se ha hecho bestia feroz por cálculo,—le decía Verónica.

—Después de todo no me extraña,—repuso la parisiense desterrada.

—No es hombre distinguido; es un pobre obrero.

—Un hombre distinguido no creo que hubiese guardado con tanta valentía el secreto de la desconocida,—respondió la señora Graslin.

Estos acontecimientos, triturados, discutidos en los salones y en los hogares, comentados de mil maneras, y debatidos por las lenguas más hábiles de la ciudad, dieron un cruel interés á la ejecución del criminal, cuyo recurso de casación fué rechazado dos meses después por el tribunal supremo. ¿Cuál sería en sus últimos momentos la actitud del criminal, cuando anunciaba que su ejecución llegaría á ser imposible á causa de la desesperada defensa que pensaba hacer de su vida? ¿Ha-

blaría? ¿Se desmentiría? ¿Quién ganaría la apuesta? ¿Irá usted á verlo? ¿No piensa ir? ¿Cómo ha de haber quien vaya? La disposición de los lugares de la ejecución, que ahorra á los criminales las angustias de un largo trayecto, restringe en Limoges el número de los espectadores alegantes. El palacio de justicia, en donde está la prisión, ocupa el ángulo formado por la calle del Palais y la del Ponte-Herisson. La calle del Palais es continuada en línea recta por la de Monte-à-Regret, que conduce á la plaza del Aíne ó de las Arenas, donde se hacen las ejecuciones, debiendo, sin duda, su nombre á esta circunstancia. Existe por lo tanto poco trecho, y, por consiguiente, pocas casas y pocas ventanas. ¿Qué persona distinguida se decidiría, pues, á mezclarse con la multitud popular que había de llenar la plaza? Pero esta ejecución, esperada de día en día, fué de día en día aplazándose, y la causa del aplazamiento era la siguiente. La piadosa resignación de los grandes desalmados que van al patíbulo es uno de los triunfos que se reserva la Iglesia, y que casi nunca deja de producir su efecto sobre la multitud; su arrepentimiento atestigua demasiado el poder de las ideas religiosas para que, haciendo caso omiso del interés cristiano, y aunque éste sea la principal divisa de la Iglesia, el clero no se considere lastimado cuando sufre un fracaso en estos populares sucesos. En julio de 1829 la circunstancia se agravaba á causa del espíritu de partido que envenenaba los detalles más pequeños de la vida política. El partido liberal se regocijaba al ver fracasado en una escena tan pública al partido clerical. Los partidos cometen en masa acciones infames que cubrirían á un hombre de oprobio. De modo que, cuando un hombre resume este oprobio á los ojos de la multitud, se convierte en un Robespierre, en un Jeffries, en un Laubardemont, especies de altares expiatorios en donde todos los cómplices depositan sus secretos *ex votos*. De acuerdo con el obispo, la audiencia retardó la ejecución, tanto con la esperanza de saber lo que la justicia ignoraba del crimen, como para dejar tiempo á que la religión triunfase también en esta ocasión. Sin embargo, el poder de la audiencia tenía sus límites, y la condena tenía que ejecutarse tarde ó temprano. Los mismos liberales que,

por hacer oposición, consideraban á Tascherón inocente y habían atacado la sentencia del tribunal, criticaban entonces el que ésta no se hubiese ejecutado. Cuando la oposición es sistemática da casi siempre por resultado estos contrasentidos; pues no se trata de tener razón, sino de destruir al poder sin perdonar medios. A consecuencia de esto, hacia los primeros días de agosto, la audiencia se vió forzada por este rumor tan frecuentemente estúpido llamado opinión pública. Se anunció la ejecución. En este estado las cosas, el abate Duthell se decidió á proponer al abispo un último intento cuya práctica tenía que dar por resultado la introducción en este drama judicial de un personaje extraordinario que sirve de lazo á todas las figuras de esta escena, y que, por vías propias únicamente de la Providencia, tenía que llevar á la señora Grallin al teatro en que más brillaron sus virtudes y en donde se mostró bienhechora sublime y angelical cristiana.

El palacio episcopal de Limoges está situado en una colina bañada por el Vienne, y sus jardines, cercados por paredes coronadas de balaustres, bajan paulatinamente obedeciendo á las caídas naturales del terreno. La elevación de esta colina es tal, que el arrabal de San Esteban, situado en la orilla opuesta del río, parece hallarse á la altura de la más elevada azotea. Desde esta colina, según la dirección que tomen los paseantes, se descubre el río, ya en línea recta, ya de través, ó bien en el centro de un hermoso panorama. Hacia el oeste, después de pasados los jardines del palacio episcopal, el Vienne va á bañar la ciudad después de haber formado una elegante curva en torno del arrabal de San Marcial. Al otro lado de este arrabal, y á muy poca distancia, existe una bonita casa de campo llamada el Cluzeau, que se ve desde las azoteas más elevadas, y que, por efecto de perspectiva, parece estar á la altura de los campanarios del arrabal. Enfrente del Cluzeau se encuentra aquella islita llena de árboles y de álamos, á la que Verónica había dado en su juventud el nombre de isla de Francia. Al este, el espacio se halla ocupado por colinas formando anfiteatro. El encanto del lugar y la rica sencillez del edificio, contribuyen á

que este palacio sea el más notable de la ciudad, donde las construcciones no brillan ni por la resistencia de los materiales ni por su arquitectura. Familiarizado hacía ya mucho tiempo con los paisajes que ofrecen estos jardines, y que llaman la atención de los aficionados á hacer viajes pintorescos, el abate Dutheil, acompañado de su colega Grancour, bajó de terraza en terraza sin hacer caso de los tonos rojizos, de los colores anaranjados y de los tintes violáceos que el sol poniente dibujaba sobre los viejos muros y sobre los balaustres de las cercas, sobre las casas del arrabal y sobre las aguas del río. Buscaba al obispo, que se hallaba á la sazón en el ángulo de su última terraza, bajo un emparrado, adonde había ido á tomar los postres, abandonándose á los encantos del día. Los álamos de la isla parecían dividir en aquel momento las aguas por medio de las sombras prolongadas de sus copas amarillas ya, pero á las que el sol daba apariencia de follaje de oro. Los resplandores del sol poniente, reflejándose de diversos modos en las masas de diferentes verdes, producían una magnífica mezcla de tonos llenos de melancolía. En el fondo de este valle, el manto formado por el Vienne parecía estremecerse bajo el imperio de la ligera brisa de la tarde, haciendo resaltar los tonos negruzcos que presentaban los tejados del arrabal de San Esteban. Los campanarios y los tejados del arrabal de San Marcial, bañados de luz, se mezclaban con los pámpanos de las parras. El dulce murmullo de una ciudad de provincias medio oculta en el arco entrante del río, la frescura del aire, todo contribuía á sumergir al prelado en la quietud que recomiendan todos los autores que han escrito acerca de la digestión; sus ojos se habían fijado maquinalmente en la orilla derecha del río, en el lugar en que las grandes sombras de los álamos de la isla tocaban las paredes de la huerta en que se cometió el doble asesinato del anciano Pingret y su criada; pero cuando su felicidad del momento fué turbada por las dificultades que, según le habían dicho sus vicarios, ofrecía aquel asunto, sus miradas le sugirieron multitud de impenetrables pensamientos. Los dos sacerdotes atribuyeron aquella distracción al fastidio, mientras que el prelado, llevado de sus meditaciones, veía en la

arena del Vienne la solución del enigma buscado á la sazón por los Vanneaulx y por la justicia.

—Monseñor,—dijo el abate Grancour dirigiéndose al obispo;—todo es inútil, y tendremos el dolor de ver morir como un impío á ese desgraciado Tascherón, que vociferará las imprecaciones más horribles contra la religión, colmará de injurias al pobre abate Pascal, escupirá al crucifijo y renegará de todo, hasta del infierno.

—Asombrará al pueblo,—dijo el abate Dutheil.—Este gran escándalo y el horror que ha de inspirar, disimularán nuestro fracaso y nuestra impotencia. Por esta razón le decía yo por el camino al señor de Grancour, que este espectáculo atraerá al seno de la Iglesia á más de un pecador.

Turbado con estas palabras, el obispo colocó sobre una rústica mesa el racimo de uvas que iba picando y se limpió los dedos, indicando á sus dos grandes vicarios que tomasen asiento.

—¡De modo que el abate Pascal no ha conseguido nada!—dijo por fin.

—Está enfermo á causa de la última escena ocurrida en la cárcel,—dijo el abate Grancour.—A no estar indispuerto, lo hubiésemos traído con nosotros para que os explicase las dificultades con que tropezarán cuantas tentativas ordene monseñor.

—El condenado canta canciones obscenas con toda la fuerza de sus pulmones tan pronto como percibe á alguno de los nuestros, y cubre con su voz las palabras que se le dirigen,—dijo un sacerdote joven que estaba sentado al lado del obispo.

Este joven, dotado de una encantadora fisonomía, tenía el codo derecho apoyado en la mesa; su blanca mano caía negligentemente sobre los racimos, entre los cuales iba escogiendo los granos más rojos con la confianza y familiaridad propia de un comensal ó de un favorito. Comensal y favorito del prelado, este joven era el hermano menor del barón de Rastignac, unido por lazos de familia y de afecto al obispo de Limoges. Dedicado por razones de fortuna á la Iglesia, el obispo lo había tomado como secretario particular, mientras esperaba una ocasión propicia para ascender. El abate

Gabriel llevaba un apellido que le llevaría á ocupar las más altas dignidades de la Iglesia.

—¿De modo que has estado allí, hijo mío?—le dijo el obispo.

—Sí, monseñor; y tan pronto como me vió ese desgraciado, empezó á vomitar las injurias más terribles contra vos y contra mí; se conduce de tal modo, que hace imposible la presencia de un sacerdote á su lado. ¿Me permite monseñor que le dé un consejo?

—Habla, y escuchemos la sabiduría que pone Dios á veces en boca de los muchachos—dijo el obispo sonriendo.

—¿No hizo Dios hablar á la burra de Balaam?—respondió vivamente el joven cura Rastignac.

—Pero, según ciertos comentadores, nunca llegó á saber á ciencia cierta lo que decía—replicó el obispo riéndose.

Los dos vicarios se sonrieron; en primer lugar porque la broma partía de monseñor, y en segundo lugar porque zahería blandamente al joven sacerdote, que era envidiado por todos los dignatarios y ambiciosos, agrupados en torno del prelado.

—Mi opinión—dijo el joven cura—es que monseñor ruegue al señor de Grandville que conceda un nuevo aplazamiento á la ejecución. Cuando el condenado sepa que el aplazamiento de su muerte es debido á nuestra intercesión, acaso fingirá que nos escucha, y si nos escucha...

—Persistirá en su conducta al ver los beneficios que le reporta—dijo el obispo interrumpiendo á su favorito.

—Señores—continuó después de un momento de silencio—¿se conocen en la ciudad esos detalles?

—¡Ya lo creo! ¡si este asunto es el tema de todas las conversaciones!—dijo el abate Grancour.—A estas horas ya comenta todo el mundo la indisposición del buen abate Pascal, causada por el último esfuerzo que llevó á cabo.

—¿Para cuando está señalada la ejecución de Tascherón?—preguntó el obispo.

—Para mañana, día de mercado—respondió el señor de Grancour.

—Señores, la religión tiene que salir victoriosa—

exclamó el obispo.—Cuanto más llama la atención este asunto, más empeño tengo en conseguir un glorioso triunfo. La Iglesia está atravesando una época crítica. No tenemos más remedio que hacer milagros en una ciudad industrial, en donde el espíritu de sedición contra las costumbres religiosas y monásticas ha echado raíces, en donde el sistema nacido del protestantismo, y que se llama liberalismo (sin perjuicio de que mañana pueda tomar otro nombre), alcanza á todas las cosas. Id, pues, señores, á casa del señor de Grandville, que es todo nuestro, y decidle que reclamamos una próroga de algunos días. Yo mismo iré á ver á ese desgraciado.

—¡Vos, monseñor!—dijo el abate Rastignac.—Si fracasaseis, ¿no recibiría un rudo golpe vuestra reputación? Opino que vos no debéis ir á no estar seguro del éxito.

—Si monseñor me permite que emita mi opinión, creo poder ofrecer un medio que ha de asegurar el triunfo de la religión en esta triste circunstancia,—dijo el abate Duthell.

El prelado respondió con un signo de asentimiento un poco frío que denotaba el poco crédito que tenía el vicario general.

—Si alguien puede tener imperio sobre esa alma rebelde, y puede conquistarla para Dios, es el cura de la aldea en que ha nacido, el señor Bonnet,—dijo el abate Duthell continuando.

—Un protegido de usted—dijo el obispo.

—Monseñor, el cura Bonnet es uno de esos hombres que se protegen por sí mismos, por sus costumbres militantes y por sus trabajos evangélicos.

Aquella respuesta tan modesta y tan sencilla, fué acogida con un silencio que hubiese desconcertado á cualquier otro que no hubiera sido el abate Duthell; aquella respuesta hacía alusión á un hombre ignorado, y los tres sacerdotes creyeron ver en ella uno de esos humildes pero irreprochables sarcasmos que distinguen á los eclesiásticos acostumbrados, al mismo tiempo que dicen la verdad, á sujetarse á sus severas reglas. Él no era nada, el abate Duthell no pensaba nunca en sí.

—Hace ya mucho tiempo que oigo hablar de san Aristides,—respondió sonriendo el obispo.—Si yo dejase

á ese hombre en la obscuridad, diríase que había por mi parte injusticia ó prevención. Vuestros liberales alaban al señor Bonnet como si perteneciese á su partido, y quiero juzgar por mi mismo á ese apóstol rural. Id, pues, señores, á pedir de mi parte una prórroga al procurador general; esperaré su respuesta, y si la prórroga se nos concede, enviaré á Montegnac al abate Gabriel para que nos traiga á ese santo varón. De este modo podremos dar ocasión á Su Beatitud para que haga milagros.

Al oír este dicho del prelado, el abate Dutheil enrojeció, pero no quiso contestar nada á fin de no hacer más palpable el sarcasmo que encerraba. Los dos vicarios saludaron silenciosamente y dejaron al obispo con su favorito.

—Tengo para mí por indudable que los secretos que nosotros solicitamos de la confesión están encerrados allí,—dijo el obispo al joven cura señalándole las sombras de los álamos que tocaban en una casa aislada situada entre la isla y el arrabal de San Esteban.

—Siempre he pensado lo mismo,—respondió Gabriel. —No soy juez, no quiero ser espía; pero si hubiese sido magistrado, hubiese sabido el nombre de la mujer que tiembla ante todo rumor, ante toda palabra, y cuya frente permanece, sin embargo, tranquila y pura, só pena de acompañar al condenado al patíbulo. No obstante, puede estar tranquila: he visto á ese hombre y estoy seguro de que se llevará á la tumba el secreto de sus ardientes amores.

—¡Picaruelo! ¿no es verdad que la justicia debía haber dirigido sus miradas hacia aquel punto?—dijo el obispo acariciando la oreja de su secretario y señalándole un lugar situado entre la isla y el arrabal de San Esteban, lugar que estaba iluminado en este momento por un rayo rojo del sol poniente, y en el cual había fijado sus ojos el joven sacerdote.

—He ido á ver ese criminal para observar el efecto que le produían mis sospechas; pero está guardado por espías, y si yo hubiese hablado alto, hubiese comprometido á la persona por quien muere.

—Callémonos,—dijo el obispo,—nosotros no estamos encargados de administrar justicia humana. Basta con

una vida. Después de todo, tarde ó temprano, la Iglesia conocerá el secreto.

La perspicacia que el hábito de las meditaciones da á los sacerdotes es muy superior á la de los magistrados y policía. A fuerza de contemplar el teatro del crimen desde lo alto de sus terrazas, el prelado y su secretario habían acabado por penetrar detalles ignorados aún, á pesar de las indagaciones hechas en el proceso y de los debates del juicio oral.

El señor de Grandville estaba jugando al whist en casa del señor Graslín y fué preciso esperar su vuelta; su decisión no fué conocida por el obispo hasta media noche.

El abate Gabriel, á quien el obispo dió su coche, salió á las dos de la mañana para Montegnac. Esta aldea, que dista unas nueve leguas de la ciudad, está situada en esa parte del Limosin que prolonga las montañas de Correze y que confina con Creuse. El joven sacerdote dejó, pues, á Limoges presa de todas las pasiones movidas por el espectáculo prometido para el día siguiente y que no debía aun verificarse.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
CAPÍTULO III  
"ALFONSO REYES"  
EL CURA DE MONTEGNAC  
1.º ed. 1625 MONTERREY, MEXICO

Los sacerdotes y los devotos tienen una tendencia á observar en materia de intereses los rigores legales. ¿Es pobreza? ¿es efecto del egoísmo á que les condena su aislamiento, y que favorece en ellos la tendencia del hombre á la avaricia? ¿es un cálculo de la mezquindad ordenada para poder ejercer así la caridad? Cada carácter ofrece una explicación diferente. Oculta muchas veces bajo la capa de graciosa candidez, descaradamente otras, esta tacañería se descubre, sobre todo, viajando. Gabriel de Rastignac, el hombre más guapo que se inclinaba sobre los altares hacia mucho tiempo, no daba más que seis reales de propina á los postillones, y por lo tanto iba muy despacio. Los postillones con-